

CANTO XVIII

Este octavo cerco, llamado *Malos sacos*, se divide en diez grandes fosos circulares y concéntricos, en cada uno de los cuales se castiga á una especie de fraudulentos. En este canto se trata de los dos primeros sacos. En uno de ellos se pena, azotándolos por mano de los demonios, á los rufianes: en el otro, sumergiéndolos en la inmundicia, á los aduladores y á los que hacen infames servicios.

Malos sacos se llama en el infierno un sitio pétreo y de color ferruno, como es el cerco que le ciñe externo.

Derecho, á la mitad del campo bruno, un pozo se descubre extenso y hondo, cuya estructura trazaré oportuno.

El espacio que media allí es redondo entre él y el borde de la roca dura, y en zonas diez divídese su fondo.

Como la plaza fuerte es la figura, que para más defensa, sus castillos con repetidos fosos asegura.

Y así en cercos se ven los diez anillos; y, cual aquellos de sus puertas lanzan, á la orilla de fuera puentecillos,

así del pie del precipicio avanzan rocas que el muro cubren y los fosos, y hasta el brocal del ancho pozo alcanzan.

En tal sitio los lomos escamosos del monstruo nos dejaron, y al Poeta, por la izquierda, mis pies siguen ansiosos.

Y á la derecha ve mi vista inquieta más tormentos y más tormentadores, de que la prima zona está repleta.

Son al fondo desnudos pecadores: mitad venir á nos de cara veo, y mitad ir, con pasos aun mayores.

Tal en Roma ocurrió del Jubileo el año¹ para abrir fácil del puente tránsito de la turba al hormigueo;

que todos á una orilla iban de frente al castillo y San Pedro en derechura, pasando los de vuelta opuestamente.

Aquí y allí, sobre la roca oscura vi con pencas cuernosa estirpe fiera, hiriéndoles detrás con saña dura.

¡Ay, tal redoblan su veloz carrera las pencadas primeras, que ninguno la segunda esperó, ni la tercera!

Mientras andaba, la vista puse en uno; y apenas le observé, para mí tuve que de haberle antes visto no era ayuno.

Por eso á cerciorarme me detuve,
y se paró conmigo el guía amado,
y un tanto atrás con su permiso anduve.

Ocultarse intentaba aquel golpeado:
mas el bajar la faz poco le presta,
que yo le dije:—Atiende el agachado:

si tu semblanza verdadera es ésta,
Venédigo eres tú Cacianimigo.
¿Qué te trae, pues, á salsa² tan funesta?—

Y él respondió:—Sin voluntad lo digo:
mas mi vida me acuerda tu habla sola,
é inútil es disimular contigo.

Aquel fuí yo que á la gentil Guisola
al gusto del marqués llevé inexperta;
que el rumor no es verdad que me acrisola³.

Ni soy yo el solo boloñés que acierta
este sitio á morar, de nos tan lleno;
que hoy tanta lengua no ha de verse experta

á decir *Sipa* entre Savena y Reno¹.
Y si fe quieres de ello, y testimonio,
nuestro avaro genial te lo hará bueno.—

Hablando así, fustígale un demonio,
diciéndole:—Anda, ve, que aquí no hay vía
de hacer, rufián inmundo, matrimonio.—

Juntéme, en esto, con la escolta mía;
y á breve espacio de partir, vinimos
donde un peñasco como puente había.

Con ligereza fácil le subimos,
y en lo alto, vueltos á la diestra mano,
de sus eternos muros nos salimos.

Y llegados do arquee al aire vano,
y da paso á la herida turba triste,
me dijo el guía:—Atiende, y ve el insano

rostro de esos malnatos que aun no viste,
pues con nos iban, y á la par de frente
por el camino mismo que trajiste.—

Y vide aquí, desde el robusto puente,
venir hacia nosotros nueva banda,
perseguida del látigo inclemente.

Y mi señor, sin aguardar demanda:
—Mira (dice) ese grande que ni gota,
en dolor tanto, de sus ojos manda:

¡qué regio aspecto aun en él se nota!
Ese es Jasón, que, en maña y brazo fuerte,
ganó de Colcos la riqueza ignota.

Y cuando á Lemnos lo arrastró la suerte,
después que osaron hembras desalmadas
á los varones todos dar la muerte,

con palabras y dádivas doradas
á Isifile engañó, por cuya idea
fueron antes las otras engañadas;

¡y madre la abandona, y triste, y real
Por tal crimen tal pena le castiga,
y á un tiempo venga á la infeliz Medea⁵.

Con él son los que el mismo fraude aliga;
y esto sólo saber es de provecho
de ese cerco, y los míseros que abriga.—

Éramos ya donde el sendero estrecho
cruza el muro segundo, y forma puente
que del un arco al otro va derecho.

Luego en el nuevo saco escucho gente⁶
lamentarse y bufar con triste boca,
y herirse con las palmas impaciente.

Cubre un moho los bordes de la roca,
que el vaho que se eleva en costra cuaja,
cuya vista y hedor náuseas provoca.

Y á honduras tales el abismo baja,
que apenas desde el alto se vería
del arco que extensión más grande ataja.

Y mientras viendo estoy los que allí había,
uno hallé con el cráneo tan merdoso,
que ¿quién si era ó no clérigo diría?

El cual:—¿Por qué (me grita) más curioso
estás de mí, que de otros de este giro?—
Y dije:—Porque en pelo más lustroso

te he visto ya, si bien mis cuentas tiro;
y eres Alejo Interminell, de Luca⁷:
por eso más que á los demás te miro.—

Y entonces él, golpeándose la nuca:
—Aquí me trajo (exclama) la alabanza
que en mi melosa lengua no caduca.—

Y mi guía:—La vista un poco avanza,
porque claras la frente y las mejillas
puedan mirar tus ojos con holganza,

de esa mujer, de greñas amarillas,
que allí con uña arráscase merdosa,
y hora se pone en pie, y hora en cuclillas.

Taide es esa, la moza licenciosa
que al decirla el cortejo⁸:—¿Y por tal gracia
qué me das?—Respondió:—La mejor cosa.—
Y vámonos, que tanto hedor ya sacia.—

CANTO XIX

En el saco tercero se castiga á los simonianos. Están sumidos boca abajo en pozos, de que está sembrado por todas partes, y tienen fuego encendido en la planta de los pies, que sobresalen con parte de la pierna. Deseoso DANTE de conocer á uno de esos, que más que los otros removía los pies, el maestro carga con él y lo lleva hasta donde está empozado. El que sufre tal castigo le dice que es Nicolás III, de la casa Orsini. Entonces el Poeta prorrumpie en una tremenda invectiva contra la avaricia de algunos Pontífices. Después Virgilio vuelve á llevarle al puente del modo que le trajo.

¡Oh Simón Mago¹, oh míseros secuaces
que las gracias de Dios, dulce reguero
de clemencia y bondad, vendéis rapaces,

que las adulteráis por vil dinero!
Aquí la trompa por vosotros tomo
los que en el cerco residís tercero.

Mas ya por el siguiente saco asomo,
del escollo subidos en la parte
que en el centro del foso cae á plomo.

¡Oh suprema virtud, cuánto es el arte
que en cielo y tierra muestras, y en el hondo,
y cómo tu saber mide y comparte!

Yo por los lados vide y por el fondo,
llena de hoyos sin fin la piedra obscura,
todos de un ancho y de brocal redondo.

No son ni más ni menos en su anchura
los que aquel mi san Juan bello presenta
al bautizante, para más holgura³.

Y ora es bien diga que la fama asienta
que uno hace años rompí: mas que se ahogaba
un infante si no, la infiel no cuenta⁴.

Del brocal cada pozo fuera echaba
los pies de un pecador, y hasta do cría
mollar la pierna, y lo demás guardaba.

Un fuego á todos en la planta ardía
tan violento, la caña percutiendo,
que retorcidos nudos roto habría;

y de punta á talón les va corriendo,
como de cosa untada el cabo arroja
llama que el unto aquél va manteniendo.

—¿Quién es ese, rector, que en su congoja
bulle cual otro no de su linaje,
y al que chupa (exclamé) lumbre más roja?—

Y él:—Si quieres (siguió) que allá te baje
por esta riba, de su culpa el fallo
te contará, y el mal que le trabaje.—

Y yo:—Tan dulce lo que dices hallo,
que es mi gusto tu ley: tú eres mi guía,
y lo que siento ves, y lo que callo.—

Al cuarto saco entramos, y la vía
á la izquierda seguimos, descendiendo
al fondo que los pozos contenía.

Y fuéme en su cadera conduciendo
el buen maestro, hasta tocar la cueva
del que lanza el dolor, los pies moviendo.

—¡Oh tú, el que lo de abajo arriba lleva,
tú, cual clavado leño, ánima esclava,
sí es que puedes (le dije) á hablarnos pruebal—

Y como el fraile que confiesa estaba
al asesino, que en el foso estrecho⁵,
por dilatar su muerte, nunca acaba.

Y él gritó:—¿Conque ahí ya estás derecho,
ahí ya estás derecho, Bonifacio?⁶
¿Mi antevista marró por leve trecho?

¿Tan pronto estás de las riquezas lacio
con las que haber por fraude no temiste
la esposa que saqueaste en breve espacio?⁷—

¿Cuál se queda cortado aquél no viste
que no entendió lo que le fué respuesto?
Pues yo mudo quedé como ese triste.

Virgilio exclamó entonces:—Dile presto
No soy yo quien tu anhelo se figura.—
Y así lo respondí, cual fuéme impuesto.

Por lo cual todo con los pies se apura;
y suspirando el mísero combusto:
—¿Pues qué me quieres? (dice con tristura)

si de saber quién soy tanto es tu gusto,
que eso te trajo á mi recinto opaco,
sabe que llevé un día el manto agosto.

Hijo fuí de la osa, en verdad flaco,⁸
y de engordar oseznos codicioso,
el oro allá, y acá me eché yo al saco.

Son bajo mi cabeza en lo quiebroso,
los que en simonear me han precedido;
y la peña les es cajón premioso.

Yo bajaré también cuando venido
hubiere el sucesor á quien mi acento
iba veloz, por yerro, dirigido.

Mas no á aquel⁹ de sus pies el hervimiento
le durará, cual este mío dura,
ni el sufrir del inverso enclavamiento;

que otro después vendrá de hacia Poniente,¹⁰
pastor sin ley, exento de obra buena,
propio á cubrir de entrambos la pendiente,

siendo nuevo Jasón,¹¹ como el que suena
del Macabeo libro, que hará blando,
cual hizo al suyo aquél, al rey del Sena.—

Yo, á la templanza aquí tal vez faltando:
—¿Pues, dime (en responderle no me arredro),
qué tesoro ó caudal le va enseñando

al pescador el Cristo, ni qué medro
cuando las llaves tuyas le confía?
Sólo dijo en verdad: *Sígueme, Pedro.*

Ni por Pedro y los otros se perdía
á Matías ni el oro ni la plata,
por el puesto que infiel Judas pedía¹².

Anda, que con razón se te maltrata:
guarda la mal ganada vil moneda
que contra Carlos tu rigor desata¹³;

que si no fuese lo que hablar me veda
el respeto, aun aquí, de la Tiara
que llevaste en la vida dulce y leda,

todavía más grave acento usara;
que la avaricia vuestra al mundo atrista,
porque al bueno hace mal y al ímpio ampara.

En vosotros pensó el Evangelista,
cuando á la que es sobre las aguas puesta,
con los reyes folgando halló su vista¹⁴:

la que contó al nacer sétima testa¹⁵,
y los diez cuernos alza en ornamento,
mientras el consorte á la virtud se presta.

Hecho os habéis un dios de oro y de argento:
¿pues qué hay que del idólatra no os cuadre,
sino que ese, uno adora, y vos á ciento?

¡Ay, Constantino, y de qué mal fué madre
no, á fe, tu conversión, la dote impía
con que hiciste al primero rico padre!¹⁶—

Mientras yo tales cantos¹⁷ le tenía,
ó que rabia ó conciencia le mordiera,
ambos los pies con fuerza sacudía.

Bien creo yo que al vate complaciera
(con tan contenta faz siempre escuchóme)
la expresión de mi labio verdadera.

Mas con todo, en sus brazos levantóme,
y luego que estrechado húbome al pecho,
por el lugar de do bajé, subióme.

Y sin cansarse de llevarme estrecho,
me condujo del arco á lo eminente,
que es tránsito del cuarto al quinto trecho.

Aquí la dulce carga mansamente
puso, porque tan agrio es el escollo,
que aun fuera á cabras áspero y pendiente;
y desde allí más cuadros desarrollo.

CANTO XX

El cuarto saco contiene á los impostores que profesaron la su-
puesta ciencia de adivinar. Tienen éstos la cara á las espaldas,
con lo que se ven forzados á marchar al revés, no pudiendo ver
por delante de sí. Virgilio muestra á DANTE algunos de los más
famosos en aquel arte; y entre esos, á la tebana Manto, por
quien tuvo origen Mantua, su patria.

Voy de nuevos dolores á hacer versos,
y al vigésimo canto dar asunto,
do las penas se ven de los inmersos.

Encontrábame ya dispuesto á punto
de ver el seno desde allí patente
que de angustia y de llanto era conjunto,

cuando vi por su fondo venir gente,
en silencio y llorando, al paso lento
que lleva letanía penitente¹.

Y hacia ella, al bajar mi vista atento,
maravillóme el verles transmutado
desde do tiene el busto nacimiento;

que á la espalda su rostro iba tornado,
y marchar hacia atrás es su destino,
porque adelante ver no les fué dado.

¿Paralítico impulso á algún mezquino
pudo el cuerpo torcer de tal manera?
Ni lo he visto, ni dable lo imagino.

Si Dios aprovechar te concediera,
lector, esta lección, de ti recaba
si seca yo la faz tener pudiera,

cuando la imagen nuestra contemplaba
diforme tal, que el llanto de los ojos
lo posterior por la canal bañaba.

Eran los míos de llorar ya rojos,
cuando:—¿Eres tú también (me dijo el vate)
de esos necios que el paso arrastran flojos?

Pío es aquí quien la piedad combate;
que ¿quién más criminal que aquel que siente
el juicio con que Dios al ímpio abate?

Alza, alza la faz á ese que al frente,
de los tebanos se le abrió la tierra,
gritando todos: *Anfiarao*², *detente*:

¿do te arrojas? ¿Por qué dejas la guerra?
Y él rodando siguió de ruina en ruina,
hasta Minos, que á todos nos aferra.

Nota que, en vez de espalda, el pecho inclina;
y porque ver asaz quiso adelante,
hoy atrás mira, y al revés camina.

Ese es Tiresias³, que cambió semblante,
y mudando aun los miembros más sutiles,
trocóse en hembra, de varón pujante.

Y preciso le fué los dos reptiles
enroscados tocar con fácil verga,
para cobrar los signos varoniles.

Allí Aronte⁴ á su vientre el lomo aterga,
el que en los montes Lunios, que cultiva
el Carrarense, que á sus pies se alberga,

tuvo, entre blanco mármol, gruta viva,
mansión que nunca de la vista hermosa
de las estrellas ni del mar le priva,

Y esa que, con la suelta crencha undosa,
los pechos, que no ve, cubre ¡oh portentol
siguiéndole de allí la piel vellosa,

Manto fué⁵, que corrió tierras sin cuento,
y paró do yo vine al sol fecundo.
Ora por breve espacio estáme atento.

Ella, des que su autor pasó al profundo,
y la ciudad de Baco á cetro aciago⁶,
gran tiempo anduvo por el ancho mundo.

Arriba hay en la bella Italia un lago
al pie del Alpe que al germano ataja
sobre el Tirol, y dícenle Benago⁷.

Con mil fuentes y mil su seno cuaja,
entre Garda y Camónica, Apenino
del agua que á estancarse al lago baja.

Sitio hay en medio⁸ que el pastor Trentino,
como el Bresciano y Veronés, pudiera
bendecir bien andando ese camino;

y donde más desciende la ribera,
sentada está Pescara, escudo fuerte
que á Bérgamo y á Brescia da frontera.

Allí cuanto caudal Benago inerte
en quieto seno á contener no alcanza,
rompiendo en río, por los prados vierte.

Deja luego su nombre des que avanza,
y ya con el de Mincio corre ufano
hasta Gobierno, donde al Po se lanza.

Él, tras de breve curso, encuentra un llano
en el cual se derrama y lo empaluda,
y en el ardiente estío le hace insano.

Pasando junto dél la virgen cruda⁹,
tierra entre los pantanos halló infestos,
que de cultivo y gente era desnuda.

Allí, poco al consorcio humano expuestos,
á ejercer con sus siervos su mal arte
se detuvo, vivió, dejó sus restos.

Luego los ya extendidos á esa parte,
por más fuerte á aquel punto se abrigaron,
su marisma ofreciéndoles baluarte.

Sobre el muerto despojo un pueblo alzaron
y Mantua, por la que hubo allí primero,
que no por otra causa, la llamaron.

Gozó ya esa ciudad más alto fuero,
antes que á la estultez de Casalodo¹⁰
le diera el pago Pinamonte artero.

Aprende, pues, que si oyes de otro modo
 buscar origen á la patria mía,
 ofensa á la verdad, mentira es todo.—

Y yo:—Maestro, tu palabra envía
 tanta lumbré á mi mente, que, á su lado,
 apagado carbón todo sería.

Mas entre los que avanzan, señalado
 alguno, dime, si hay por sus acciones;
 que eso no más pretende mi cuidado.—

Y replicóme:—Aquel al que en vellones
 la barba por la prieta espalda viene¹¹,
 cuando Grecia tan limpia de varones

se ve, que ni en la cuna ya los tiene¹²,
 augurio fué con Calcas, que á las naves
 levar anclas en Áulide previene.

Eurípilo llamóse, y en sus graves
 versos mi alta tragedia así lo canta:
 tú que asaz la conoces, bien lo sabes.

Aquel tan breve y de magrura tanta,
 fué Miquelo Escocés¹³, á quien la gente
 hábil en fraudes mágicos decanta.

Mira á Güido Bonato¹⁴, mira á Ardente¹⁵,
 que nunca haber dejado pez y cuero
 hoy querría, y que tarde se arrepiente.

Ve las tristes que aguja y cardadero
 dejan, y con figuras adivinas
 preparan y con hierbas torpe agüero¹⁶,

mas ven, que ya Caín¹⁷ con su haz de espinas
 al horizonte llega y se sepulta
 tras Sevilla en las ondas cristalinas;

que desde ayer la luna entera abulta,
 y sabes que su faz te ayudó clara
 cuando ibas ciego por la selva inculta.—
 Esto dice, y el pie de andar no para.

CANTO XXI

Aquí están sumidos en pez ardiendo los rufianes y los que hicieron tráfico de sus cargos en la república y vendieron la honra de las mujeres. Alrededor del saco giran los garritrancas, demonios armados de horquillas y tridentes de fierro, para pinchar á los que tratan de salir del caldo hirviendo. Atormentamiento de un rufián de Luca. Virgilio escapa de los diablos que corren tras de él con sus instrumentos. Los Poetas, no pudiendo seguir su camino por la misma roca, á causa de la rotura del arco sobre el sexto saco, le emprenden, escoltados por diez demonios, á lo largo del muro hasta que llegán al otro escollo que el diablo mayor, por engañarlos, les había dicho que estaba practicable.

De puente en puente¹ así cosas narrando,
de que hablar mi Comedia no se cura,
íbamos, y en el último fué cuando

á ver nos detuvimos la otra hondura
de *Malos sacos*, do el tormento arrecia;
y con asombro vi cuánto era obscura.

Cual hierva espesa pez que el nauta precia,
cuando en invierno las tronzadas quillas
vuelca en los arsenales de Venecia,

donde el uno las débiles costillas
repone: el otro el tajamar allana
con que trague otra vez de mar las millas;

y éste á proa, ese á popa el fondo sana,
y quién el remo labra, ó tuerce el lino,
y quién alza artimón, y quién mesana;

tal, no por fuego, por querer divino
allá abajo una algosa breá ardía,
que enligaba los bordes y el camino.

Era yo fijo en ellos y no vía
sino la ampolla, hinchada al hervimiento,
ir subiendo, y después bajar vacía.

Mientras yo así la contemplaba atento,
mi maestro gritando:—¡Guarda! ¡guarda!—
hacia sí me tiró desde mi asiento.

Yo como aquél volvíme á quien se atarda
el ver el riesgo que evitar le toca,
y á quien espanto súbito acobarda,

y que el correr por el mirar no apoca;
y un diablo negro á nuestra espalda observo,
por el filo corriendo de la roca.

¡Ay! ¡Qué aspecto llevaba tan superbo!
Y con su pie veloz y alas tendidas,
¡oh cuánto había en su ademán de acerbo!

Sus espaldas huesosas y salidas
cargan de un pecador con las dos ancas,
al que aferra las corvas oprimidas;

y desde nuestro puente:—¡Oh garritrancas
(gritó) de Santa Cita va un anciano?;
cogedle, que por otro van mis zancas;

que abunda en esa tierra este mal grano,
y es todo hombre rufián más que Bonturo³,
y un *sí* se vuelve en *no*, si untan la mano.—

Y echóle al fondo, y por el mármol duro
tan veloz se lanzó, que no más presto
mastín tras de ladrón arranca furo.

Aquél se hundió y volvió de espaldas puesto:
mas los diablos que al puente dan parada:
—Aquí no hay *Santa Faz*⁴ (gritanle en esto);

ni como allá en el Serquio⁵ aquí se nada.
Si no prefieres, pues, nuestros garrones,
no hagas sobre la pez nueva empinada.—

Luego danle pinchazos con harpones,
diciéndole:—Ora baila so techado⁶,
y tus tratos ahí sigue felones.—

Así del jefe el marmitón guiado,
hunde, porque no flote en la caldera,
el pingüe trozo, con metal dentado.

En tanto mi maestro:—Bueno fuera,
por evitar (me dijo) que te vieses,
que algún peñasco de estos te encubriera;

y que no por ofensas que me hiciesen
te asustaras; que á mí, ya noticioso,
no han de asustar cuantas sus mañas fuesen.—

Luego pasó del lado allá del foso,
y cuando al sexto puente era delante,
bien tener frente audaz le fué forzoso

Con el mismo furor y ardor pujante
con que embisten los perros al mendigo
que súbito se para suplicante,

así aquéllos, saliendo de su abrigo,
su garfio cada cual le asesta breve:
y él grita:—¡Cuenta lo que hacéis conmigo!

Antes que me clavéis el fierro aleve
uno que me oiga de vosotros salga,
y me agarroche luego, si se atreve.

—Vaya (gritaron todos) Malanalga.
Y ese avanza, y los otros quietos quedan;
y él se acerca, diciendo:—¿Qué hay que valga?—

—¿Piensas tú, Malanalga, que así puedan
mis pies llegar hasta tu val malino
(le dijo mi maestro) sin que cedan,

á no ser obra del querer divino?
Déjame, pues, seguir, que Dios me invita
á otro enseñarle el áspero camino.—

Su orgullo entonces tal se precipita,
que, dejando caer su chuzo á tierra:
—¡Nadie le toque!—á los demás les grita.

Y mi maestro á mí:—¡Oh tú el que encierra
la gran peña del puente, así tapado,
ven ya conmigo, y el temor destierra.—

Yo me estiro, y á él corro desalado,
y los diablos también salen de frente;
con que ya el pacto me tragué quebrado.

Así una vez capitulada gente
vi salir de Caprona⁷, de pavora
temblando, al verse entre enemigo hirviente.

Y me apreté á mi guía con presura,
sin apartar mis ojos ni un momento
de su, no á fe, benigna catadura.

El chuzo ellos bajaban, y:—¿Lo asiento
(decíanse uno á otro) en la grupera?—
Y respondían:—Sí; pégale un tiento.—

Mas el diablo, que habló la vez primera
con mi guía, volvióse premuroso,
y dijo:—¡Quieto, quieto, Cabelleral

Y luego á nos:—Parar aquí es forzoso,
pues seguir no podéis: porque es el caso
que, roto el arco sexto, escombra el foso;

y si aun más avanzar queréis acaso
por esa gruta entraos macilenta:
cerca otro escollo facilita el paso⁸.

Mil doscientos seis años con sesenta,
cinco horas más que hoy son⁹, ayer la ruina
de este camino destrozado cuenta.

Ora, para atisbar si alguien se empina,
mandar quiero allá abajo de mi gente:
id con ella, sin miedo á chamusquina.

Alitronchado, Pisaescarcha, al frente
(les empezó á gritar); y tú, Galgazo,
y á mandar la decena Barbardiente.

Y también Libiuscoco y Dragonazo
y Javato, Colmillos, y Perrea,
y Duenducho, y el loco Rubicazo.

Cuidad en torno de la hirviente brea,
y éstos pasadme allá de la otra roca
que las pocilgas todas señorea.—

—¡Ay, maestro, de mí, lo que nos toca!
Si sabes, solos vámonos (le dije)
que tal guardia confianza me da poca.

Mas si en ti la atención de siempre rige,
¿no ves crujir los dientes rechinantes,
ni el gesto que su frente me dirige?—

Y él á mí:—De sus ceños no te espantes,
por más que los redoblen á porfia:
miran á los que hierven no distantes¹⁰.—

Á izquierda, en esto, echó la grey bravía,
y antes de inteligencia morisqueta¹¹
le hacen al cabo; el cual la marcha abría,
usando del de atrás como trompeta.